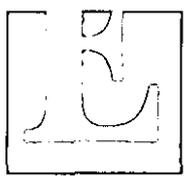


Isaac Bashevis Singer *

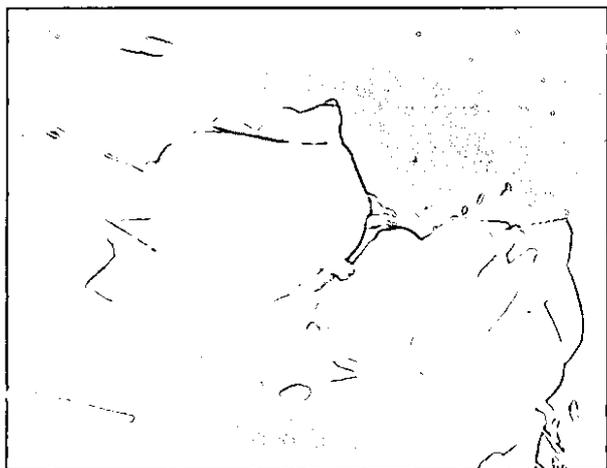
El profeta y el poeta

El 8 de diciembre de 1978, el escritor Isaac Bashevis Singer leyó su discurso al recibir el premio Nobel de Literatura. El discurso establece una estrecha relación entre el poeta y el profeta. Leemos a un hombre que confía en el poder de la palabra para cambiar el mundo, a pesar de los anuncios que nos llenan de desesperanzas. El poeta, asegura Singer, es el profeta que tiene la palabra precisa para nosotros, es quien nos calmará y apaciguará con el poder de sus versos.



El narrador y el poeta de nuestro tiempo, como en cualquier otra época, debe ser un entretenedor del espíritu en todo el sentido de la palabra, y no sólo un predicador de ideales sociales y políticos.

No existe el paraíso para lectores aburridos, ni excusa para la literatura tediosa que no intriga al lector, que no lo inspira, que no le da el gozo y la libertad, ese verdadero arte que siempre da. Sin embargo, también es cierto que el escritor comprometido con nuestra realidad debe estar profundamente preocupado por los problemas de su generación. Él tiene que creer en el poder de la religión, especialmente creer en la revelación, esto es más débil hoy de lo que fue en cualquier otra época de la historia de la humanidad. Más y más niños crecen sin fe en Dios, sin creer en premios y castigos, en la inmortalidad y hasta en la validez de la ética. El escritor genuino no puede ignorar el hecho que la familia está perdiendo su base



espiritual. Todas las oscuras profecías de Oswald Spengler se han convertido en realidad a partir de la Segunda Guerra Mundial. Ninguna invención tecnológica puede mitigar la desilusión del hombre moderno, su soledad, su sentimiento de inferioridad, y su temor a la guerra, las revueltas y el terror. No sólo nuestra generación ha perdido la fe en la Providencia sino también la fe en sí mismo, en sus instituciones y a menudo en aquellas personas que están más cerca de él.

En su desespero, un número de aquellos que no confía más en el liderazgo de nuestra sociedad, vuelven sus ojos al escritor, el maestro de las palabras. Ellos esperan, a pesar de la desesperanza, que el hombre del talento y la sensibilidad, pueda rescatar la civilización. Después de todo, tal vez haya una chispa de profeta en el artista.

Como al hijo de un pueblo que recibió el peor golpe que locura humana pueda acertarle, debo reflexionar sobre los peligros venideros. Muchas veces, al no encontrar una verdadera salida, me he resignado. Pero una nueva esperanza emerge para decirme que aún queda tiempo para evaluar y tomar una decisión. Fui educado para creer en la libertad de acción. Aunque he llegado a dudar de toda revelación, no puedo aceptar la idea de que el Universo es un accidente físico o químico, resultado de una evolución ciega. A pesar de que he aprendido a reconocer las mentiras, los clichés y las idolatrías de la mente humana, todavía me aferro a algunas verdades, las cuales, pienso, todos nosotros podamos aceptar algún día. Debe haber una forma para que el hombre alcance todos los placeres posibles, todos los poderes y conocimientos que la naturaleza pueda darle, y todavía sirve a un Dios, un Dios que nos hable de verdad, no con palabras, y cuyo vocabulario es el Cosmos.

No me avergüenza admitir que pertenezco a aquellos que fantasean que la literatura es capaz de mostrarnos nuevos horizontes y nuevas perspectivas filosóficas, religiosas, estéticas, incluso sociales. En la historia de la antigua literatura judía no existía ninguna diferencia básica entre el poeta y el profeta. Nuestra poesía antigua a menudo llegó a transformarse en ley o en una forma de vida.

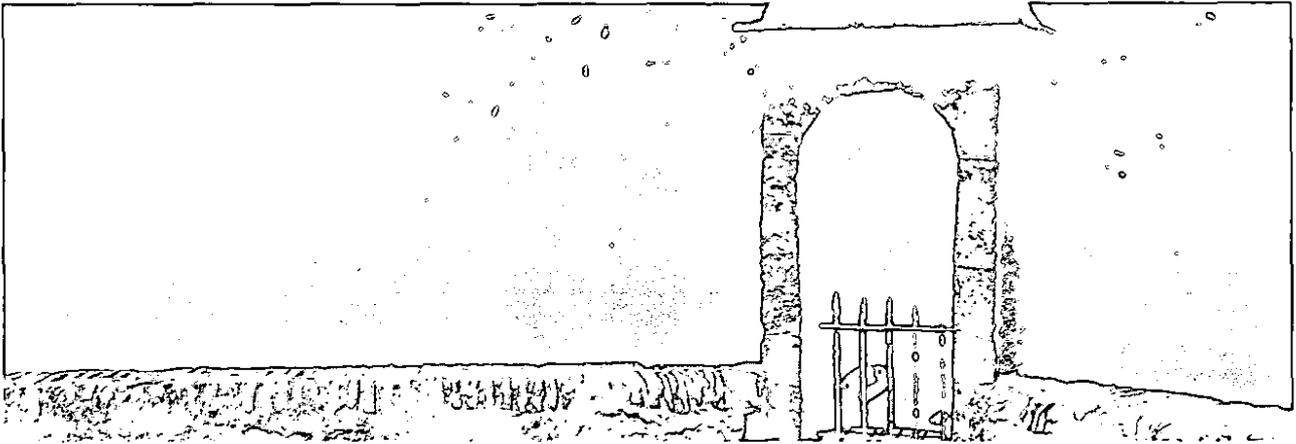
Algunos de mis más cercanos amigos de la cafetería cercana al periódico *Jewish Daily Forward*, en Nueva York, me llaman pesimista y decadente, pero siempre hay una base de fe detrás de la resignación.

Encuentro consuelo en pesimistas y decadentes tales como Baudelaire, Verlaine, Edgar Allan Poe y Strindberg. Mi interés en la investigación psíquica me lleva a encontrar tranquilidad en místicos como su compatriota Swednberg, y en nuestro propio rabino Nachman Bratzlaver, al igual que en el gran poeta de mi tiempo, mi amigo Aaron Zeitlin, quien murió hace algunos años y dejó una herencia literaria de gran calidad, cuya mayor parte está escrita en yiddish.

El pesimismo de una persona creativa no es decadencia, es una fuerte pasión en busca de la redención del hombre. Mientras el poeta entretiene, continúa la búsqueda de las verdades eternas, de la esencia del ser. A su manera, él trata de resolver el enigma del tiempo y el cambio, busca las respuestas al sufrimiento, manifiesta su amor en el profundo abismo de injusticia y crueldad. Por muy extrañas que estas palabras pueden sonar, a menudo juego con la idea que cuando todas las teorías sociales colapsen y las guerras y revoluciones dejen a la humanidad en la más absoluta oscuridad, el poeta - quien Platón expulsó de su República-, se levantará para salvarnos a todos.

Este gran honor que me ha entregado la Academia Sueca es también el reconocimiento a la lengua yiddish, una lengua del exilio, sin una tierra, sin fronteras, sin el respaldo de algún gobierno, una lengua que carece de palabras para armas, municiones, ejercicios militares, tácticas de guerra; un lenguaje que fue odiado tanto por gentiles como por judíos emancipados.

La verdad es que lo que las grandes religiones enseñaron, la gente que hablaba yiddish en los ghettos, la practicaba todos los días. Ellos fueron la gente de la Biblia en el más certero sentido de la palabra. Ellos no conocieron regocijo más grande que el estudio del hombre y las relaciones humanas, que llamaron Torah, Talmud, Mussar, Cábala. El ghetto no era solo un lugar para



refugiados, para una minoría perseguida, sino un gran experimento de paz, de auto disciplina y de humanismo. Como tal, aún existe y se rehúsa a desaparecer a pesar de toda la brutalidad que lo rodea. Fui criado en medio de esa gente. La casa de mi padre sobre la calle Krochmalna en Varsovia era una casa estudio, una corte de justicia, una casa de oración, una casa para contar historias, pero también era un lugar para matrimonios y banquetes.

Cuando era un niño había escuchado de mi hermano mayor y preceptor, I.J. Singer, quien más tarde escribió el libro *The Brothers Ashkenazi*, todos los argumentos que los racionalistas desde Spinoza hasta Max Nordau publicaron contra la religión. Había escuchado de mi padre y de mi madre todas las respuestas que la fe en Dios puede ofrecer a aquellos que dudan y buscan la verdad. En nuestra casa, y en muchas otras casas, las constantes preguntas eran más actuales que las noticias más recientes del periódico yiddish. A pesar de todas las desilusiones y todo mi escepticismo, creo que las naciones pueden aprender mucho de esos judíos, sus maneras de pensar, la manera de criar a sus hijos, la manera en que buscan la felicidad donde otros no ven sino miseria y humillación. Para mí la lengua yiddish y el comportamiento de aquellos que la hablan son idénticos. Uno puede encontrar en la lengua yiddish y en el espíritu yiddish expresiones de piadoso regocijo, deseo por la vida, anhelo por el Mesías, un paciente y profundo aprecio por la individualidad humana. Hay un sencillo humor en yiddish y sentido de gratitud por cada día de la vida, por cada brote de éxito, por cada encuentro de amor. La mentalidad yiddish no es arrogante. No asume la victoria como algo supuesto. No exige ni ordena, pero sale del paso a duras penas, a hurtadillas, contrabandeándose a si mismo en medio de los poderes de la destrucción, sabiendo que en alguna parte el plan de

Dios sobre la Creación aún se encuentra en el mero comienzo.

Algunos dicen que la lengua yiddish es una lengua muerta, pero del hebreo fue calificado de igual forma por dos mil años, y ha resurgido en nuestro tiempo de forma extraordinaria, casi milagrosa. El Arameo fue, ciertamente, una lengua muerta por siglos, pero de pronto dio a luz el Zohar, una obra de misticismo y valor sublime. Esta es la razón por lo que los clásicos de la literatura yiddish también son los clásicos de la literatura hebrea moderna. El yiddish aún no ha dicho su última palabra. Éste contiene tesoros que no han sido revelados a los ojos del mundo. Fue la lengua de mártires y santos, de soñadores y cabalísticos, rico en humor y memoria que la humanidad no puede olvidar, de una manera figurativa, el yiddish es una lengua inteligente y humilde para todos, el idioma del temor y la esperanza de la humanidad.

** Isaac Bashevis Singer*

Escritor

Premio Nobel de Literatura 1978

© Nobel Price Foundation

© Traducción David Lara Ramos.